

Religio-  
so muer-  
to de  
hambre  
Cometa.  
aquella jurisdicción, que todavía no estaban muchos de ellos convertidos á nuestra santa fé; y habiendo llegado al pueblo de Tuxcacuesco, muy fatigado y cansado por haber andado á pié y descalzo, y sin comer, todas las rancherías y pueblos de la jurisdicción, porque era muy penitente, estando, pues, con grandísima necesidad de sustento, los indios del dicho pueblo de Tuxcacuesco, que eran de los más rebeldes y todavía se estaban en sus idolatrías, sintieron mucho que hubiese llegado á su pueblo, y no atreviéndose á matarle (que el mismo año había ido por alcalde mayor Don Antonio de Alzaga, hombre brioso y de mucha suerte . . . pues por obligar aquellos bárbaros é infieles á este santo religioso á que se fuese (que iba á buscar la salvación de sus almas) se ausentaron y escondieron, sin haber quien le diese cosa alguna para su sustento, y como había días en que caminaba á pié y descalzo, sin comer, murió de pura hambre y necesidad, andando en este apostólico ejercicio en el dicho pueblo, donde en el mismo año, en el mes de noviembre, apareció un cometa muy grande, que duró mucho tiempo.

Este año era guardián de Poncitlán el padre Fray Pedro Maldonado, al cual le sucedió una desgracia notable, y fué que, yendo á visitar al padre Fray Miguel de Bolonia, á Mezcala, y habiéndole visto y salido de su celda para ir á ver al padre Fray Antonio de Gordejana, á Chapalac, dió una caída en el camino delante de un religioso lego llamado Fray Juan, de la cual quedó como muerto; y llegando á Chapalac dió el espíritu á su Creador, y le enterraron en aquel convento, á 9 de enero del dicho año de 1580, los padres Fray Miguel de Bolonia, Fray Antonio de Gordejana, Fray Pedro de Zamora, lego, y Fray Juan.

Murió también en este año el divino apostol, santo viejo y venerable padre, Fray Miguel de Bolonia, y le dijo la misa de cuerpo presente el padre Fray Juan de Porras, guardián de Axixic, y aquel día se vió un cometa en el cielo, fué y por guardián el padre Fray Pedro Martínez ó de Espejo. También en este año fué electo obispo de la Galicia, D. Fray Juan de Tru-

jillo, religioso del orden de San Jerónimo, y no fué, y también Don Francisco de Toledo, virrey del Perú, envió á Pedro Sarmiento y á Pablo Corso á tomar el paso á Francisco Draque y á reconocer el estrecho de Magallanes.

## CAPITULO CCVI.

En que se trata cómo en este tiempo floreció el padre santo Fray Pedro del Monte, y de las cosas maravillosas que hizo.

Año de  
1580.

Fué Fray Pedro del Monte natural de Madrid, hijo de un caballero principal llamado el Alemán. Antes que fuera religioso, se llamaba Don Pedro Manjarrez; fué gran letrado y entró en la Compañía de Jesús, en la cual, de veinticinco años de edad, leyó teología en Madrid y tuvo la cátedra de prima catorce años, con grande aceptación, al cabo de los cuales, porque era grande su espíritu, y deseoso de quietud, tomó el hábito, de N. P. San Francisco, en la provincia de San Joseph, de la cual, con licencia del general y provincial, llevando dos compañeros que le dieron, se fué al Nuevo Reino de Granada, donde en desiertos y soledades, se ocupaba en largas vigili-  
as y oraciones, y al cabo de tres años que allí hubo predicado y convertido mucha gente, con breve que tuvo del papa Gregorio XIII, se fué á ver con su Santidad á Roma y predicó delante su Beatitud, y con mucha aceptación del Pontífice y cardenales, el cual le hizo predicador apostólico, y volviendo á España con recados del general, *capite fontium*, y hecho comisario de treinta religiosos para que fuese á China con ellos á predicar á aquel nuevo mundo, y con autoridad y comisión para nombrar comisarios, fundar conventos, eregir provincias y

provinciales y recibir al estado de descalzos cualesquiera frailes de cualesquiera provincias de la observancia, que se quisiesen pasar á los descalzos, sin que ningún inferior del general de la Orden ni del Papa, pudiesen impedirselo, con grandes penas y censuras reservadas á la Silla apostólica.

Con esto pasó á esta tierra de edad de cuarenta y un años, trayendo los religiosos, y fundó los conventos que adelante se dirá, y se ocupó en la predicación y conversiones que se dirá. Fué tan apostólico predicador, que comunmente decían muchos, que al padre Lobo habían conocido, y que después de él no habían visto otro semejante. Predicaba, si era menester, en un día cuatro sermones á los españoles, y esto sin estudio, sobre cualquiera lugar de la divina Escritura, en que era doctísimo, y de ella traía muchísimos lugares, porque tenía felicísima memoria. No podía estar mucho tiempo en poblado, porque dentro de seis ó siete días, se afligía su espíritu con el trato vulgar, y así luego se iba á algún monte ó serranía apartada, donde se ocupaba en oración, llevando consigo ornamentos y algún muchacho que le ayudase á misa, que aunque no todos los días, la decía los días festivos; siempre celebraba. El menor de sus ayunos fué cuarenta días continuos, y algunos de cincuenta, y otros de sesenta, los cuales ayunaba con sólo biscocho y agua; y cuando esto no tenía, llevaba un poco de maiz tostado y no comía más que una vez al día; nunca se le conoció cama, no se acostaba las noches sino después de cansado de la oración; se sentaba junto á alguna piedra ó pared ó puesto de rodillas, la cabeza en el suelo; tomaba un poco de sueño, y cuando alguna vez posaba en casa de secular, no estrañaba la cama que le daban, aunque fuese muy bien aderezada; mas antes, mostrándose muy agradecido, se acostaba en ella, y después que la gente dormía, se levantaba y apartaba buen espacio y se desnudaba y azotaba más de dos horas por todo el cuerpo; y esto hacía todas las noches, aunque fuese gran pascua ó festividad. Traía siempre en la manga cinco ó seis disciplinas muy duras, que él mismo hacía, y el breviario en que rezaba el oficio divino, siempre de rodillas, en

lugares quietos que para ello buscaba. El hábito que traía era de jerga muy gruesa, angosto, y nunca trajo túnica, sino aforrado por de dentro el hábito con otro pedazo de la misma jerga, para abrigo del estómago. Cuando llegaba á convento ó á casa de seculares, se mostraba muy afable, alegre y modesto, y nunca miraba las mujeres el rostro, y comía de todo cuanto le daban, sin melindre, según lo del Evangelio y nuestra apostólica regla, y por no estar hecho á aquellas comidas, le sucedía empacharse, para cuyo remedio tomaba cuatro ó cinco pimientos fuertes y los comía en ayunas, con que hacía vómitos y desembarazaba el estómago, no usando nunca de otro medicamento.

Anduvo siempre este apostólico religioso, descalzo y á pié, aunque alguna vez, si se hallaba fatigado andando en las conversiones, subía por espacio de una hora en alguna cabalgadura, si la hallaba, ó en la que llevaban consigo uno ó dos muchachos donadillos. Traía una bolsilla de cuero en que llevaba unos papeles de cierta obra muy devota que iba componiendo los ratos que le daban lugar sus ejercicios, que se intitulaba "La unión del alma con Cristo;" y traía también consigo las "Concordancias de la Biblia," sin otro libro alguno. A la gente serrana y de corta capacidad se mostraba muy grave, y hacía que le reverenciasen, porque decía que con gente tan pobre y humilde, y de poco saber, no se podía ganar nada con la humildad, pues ellas eran incapaces de conocer tal virtud, y tan pobres, que siempre andaban desnudos.

Era este santísimo varón, barbinegro y no muy blanco, de muy lindo rostro y condición muy apacible á todos; siempre oraba en pié, los brazos en cruz, y mirando al cielo; muchas veces quedaba elevado, y las más noches enteras se le pasaban en oración. Estuvo cuatro años y medio en esta tierra, hasta que se desapareció, como se verá en su vida, que es en esta

manera:

## CAPITULO CCVII.

En que se prosigue y trata de la vida del santo Fray Pedro del Monte.

Año de  
1580.

No es lo mismo Fray Pedro del Monte, que Fray Pedro de Almonte, aunque este bendito padre, no fué menos admirable en sus hechos que este santo religioso de quien vamos tratando antes. Fué uno de los más prodigiosos religiosos que pasaron á las Indias, como se verá en su vida.

Fué Fray Pedro del Monte predicador apostólico y el primer comisario de los religiosos descalzos de N. P. San Francisco que los trajo á la Nueva España. Fundó dos conventos en la gran ciudad de México, el uno fué el de San Cosme y el otro el de San Marcos para que sirviere de hospedería á los religiosos que viniesen de España para China, y juntamente para dar, como se dió, principio á la provincia santa de San Diego.

Era este bendito padre muy fervoroso del espíritu y celoso del bien de las almas, y así nunca se quietó, sino que salió de México y discurrió por diversas partes de esta Nueva España hasta que llegó á esta sancta provincia de Xalisco, muy conocida en todo el mundo por su mucha santidad.

Lo primero que hacía en llegando á los pueblos, fuesen de indios ó de españoles, era quitarse el hábito que traía á raíz de las carnes y quedarse con solo los paños menores, y irse azotando hasta llegar á hacer oración á la primera iglesia ó ermita que hallaba, y allí, hincado de rodillas, se daba muchos azotes por muy gran rato, y cuando lo venían á ver los españoles ó otras personas para llevarlo á sus casas á darle algún refrigerio, les agradecía, y se iba sin que le viesen ni para donde era su viaje; y de esta manera anduvo discurriendo por diversas partes, predicando. Llegado á esta santa provincia de Xa-

lisco, y teniendo noticia que en la sierra de Tepec había mucha cantidad de indios infieles chichimecos, fué allá y anduvo lo primero por la sierra de San Pedro Analco, Ocotic, Tenaltitlán, Amatlán y Jora, y se dice que estando una vez diciendo misa en el pueblo de San Pedro Analco, llegaron dos indios bárbaros con dos porras ó macanas, y alzaron los brazos para darle en la cabeza con ellas y matarlo, y por permisión divina, se les tuyeron los brazos y se les quedaron de la manera que los habían levantado, hasta que habiendo acabado la misa el bendito padre y enterado del caso, los reprendió, y habiendo hecho oración por ellos, sanaron como antes estaban, y el uno de ellos, viendo la maravilla, siguió al siervo de Dios y anduvo en su compañía mucho tiempo.

También se cuenta que en aquellas serranías de Amatlán y Jora, cuando este bendito padre andaba entre aquellos bárbaros, era mucha la gente y que muchas veces sucedía tener guerras entre sí, y peleaban fortísimamente hasta matarse unos á otros, y este santo padre daba un grito desde el cerro de Jora, que se oía entre ellos, como si estuviera presente, distando cinco ó seis leguas, con que de ta manera se atemorizaban, que luego al punto dejaban las peleas. Estuvo siete meses en esta sierra, y aunque muchos religiosos fueron con deseo de ayudarle en la conversión de aquellas almas, no pudieron sufrir la aspereza de aquella tierra y comidas silvestres, y se volvieron de allí á poco como iban llegando, y aunque hizo muchas diligencias por tener compañeros que le ayudasen en aquella conversión y necesitar de ellos por no ser lengua, y para que interpretasen la predicación del santo Evangelio y el catecismo, no hubo quien fuese hasta que el padre Fray Andres de Medina, con buen celo de la conversión, fué en su compañía el año de 1580, á 19 de Septiembre, siendo guardián de Guadalupe el Reverendo P. Fray Juan López, llamado el santo; y habiendo llegado el dicho Fray Andrés de Medina que, por ser criollo, era linda lengua mexicana, que es la general en las Indias, comenzó á predicarles el dicho padre Fray Pedro de Almonte, siendo su intérprete el padre Fray Andrés, que lue-

go trató de aprender aquella lengua tepeguana, y comenzaron á entender en la conversión de aquellos infieles.

Poco antes que el dicho padre Fray Andrés fuese en compañía de este apostólico varón, Fray Pedro del Monte, sucedió que, estando el siervo de Dios una mañana, en una capilla, queriendo decir misa, no hallando lumbre, salió fuera de la capilla y la sacó con su esquero, y saltando una centella en las pajuelas que allí había, se levantó un fuego tan grande, y corrió con tanta vehemencia á unas partes y á otras, que en un breve tiempo abrasó seis ó siete leguas de tierra, sin poderlo resistir los indios que habitaban en muchas rancherías que por allí había, y fué chamuscando á todos los que cojía y quemando ranchuelos y sementerillas de maíz que estaban ya para cosecharse, sin dejar cosa y sin matar algún indio de los que chamuscaba, de que tuvieron aquellos bárbaros gran espanto y se quejaron mucho con el bendito padre, por haber entendido que había sacado la lumbre, diciendo que por arte mágica había encendido aquel fuego tan violento, para hacerles mal.

No menos cuidado le dió al siervo de Dios y mucha pena de lo sucedido, aunque confiando en su Divina Majestad, procuró el remedio de aquella gente, á quien se entendió que Dios había querido castigar por sus rebeldías y malos intentos, juntas y determinaciones que tenían, de matar al dicho padre, por ver que tanto tiempo perseveraba en su tierra y no se iba de ella.

En esse tiempo llegó el padre Fray Andrés Medina en su compañía, siendo mozo corista de veintiun años de edad; y el padre Fray Pedro del Monte le comunicó el caso sucedido y la pena que tenía, y determinaron que cada uno por su parte fuésen á los pueblos comarcanos de los españoles y otros indios cristianos, á pedir limosna de algún maíz, para socorrer la necesidad que en aquellos gentiles había quedado, y hacia el tercer día, el padre Fray Pedro del Monte, fué á la villa de Jora, donde, el día que llegó, le mandaron sesenta fanegas de maíz, y que las pondrían en carretas cinco leguas del puesto donde estaban los gentiles, y el padre Fray Andrés de Medina fué alcanzado diez leguas de allí, donde era guardián el padre

Fray Juan de Santamaría, y aquel mismo día para el dicho socorro, le dió un hombre doscientas fanegas, y cien los vecinos, puestas cinco leguas del puesto, y dentro de cuatro días se juntaron dichos padres Fray Pedro del Monte y Fray Andrés de Medina, cerca del lugar donde estaba la capilla, y alabaron á Dios de ver con cuanta brevedad Su Divina Majestad había dado ánimo á sus fieles para socorrer aquella necesidad cuatro tantos más de lo que á los indios infieles se les podía haber quemado, porque las milpas eran muy pequeñas por ser la tierra muy fragosa. En fin, determinaron los padres de no llegar á la tierra de aquellos bárbaros gentiles hasta avisarles cómo, lastimados de su desgracia y necesidad, les habían salido á buscar maíz y les tenían allí mucho junto; que viniesen todos ellos á cargar cuanto pudiesen llevar. Hiciéronlo así, y los indios gentiles, que estaban en grande necesidad, cargando de aquel maíz hicieron muchos viajes, hasta que lo acabaron, quedando todos muy contentos y apaciguados de la indignación que habían tenido.

Fueron luego los dichos padres por todas las rancherías de aquella sierra, predicáronles, tratándoles de su conversión, y un principal de ellos recibió la fé con toda su gente, que serían más de sesenta hombres, sin las mujeres y niños.

En este tiempo el P. Fr. Pedro del Monte, envió al P. Fr. Andrés de Medina á buscar de limosna algunos ornamentos, imágenes y campanas para las iglesias que se fuesen fundando, quedándose sólo en una cueva muy grande donde habitaba de ordinario y tenía su altar en que decía misa. En este tiempo, un indio principal infiel, llamado Amazcali, hermano del primero que se convirtió, como decimos, llamado "hijo del sol," con mucha gente salió á recibirle fuera de la cueva, cuando tenía impuesto á este principal y á la demás gente, que en llegando donde él estaba ó otro sacerdote, se hincasen de rodillas delante, le besasen la mano y dijese *Deo gratias*. En esta ocasión no lo hicieron, antes mostrándose enojados comenzó el principal y los suyos á hablar con mucho descomedimiento y voces altas, y aunque él no lo entendía, conoció su mal intento, y así

se hincó de rodillas, y alzando las manos y rostro al cielo, se puso á orar y, visto aquello, estuvieron callados, y en breve espacio de tiempo mandó el principal á su gente que se apartasen y se sentasen: y al cabo de mucho tiempo que este santo religioso estuvo en oración, se levantó y se fué hacia el principal, mostrándole afabilidad; y el principal se fué para él hincándose de rodillas, le besó la mano, mandando á su gente que hiciese lo mismo.

### CAPITULO CCVIII.

En que se prosigue la materia del pasado.

Año de  
1590.

Salía este principal muchas veces á contar que mientras el bendito padre estaba orando, le había dado mucho miedo y temblor de cuerpo. Al fin el padre cojió al principal por la mano, sentólo cerca de sí en una piedra que estaba junto de la cueva y le dió un poco de biscocho y unos tasajos de cabra, y se hincó de rodillas y le besó la mano, y mandó á su gente que hiciese lo mismo, y se fueron, y habiendo caminado cuatro ó cinco leguas, algunos viejos capitanes le reprendieron diciendo que no había tenido ánimo de matarle, y que su hermano había de mofarse de él, con que propuso con ellos de volver con su gente á matarle; pero poco después le dió un gran dolor de ojos y oídos que estuvo toda la noche en un grito y al amanecer se le quebraron los ojos, y todo el tiempo que estuvo allí el padre Fr. Andrés de Medina, que fué casi dos años, siempre le manó sangre y agua de los ojos y oídos. Después que este principal cegó, al cabo de ocho días llegó á noticia del padre Fr. Pedro del

Monte, fué á verle y consolarle, con un intérprete le exhortó á a paciencia y después se despidió de él y se volvió á la cueva.

En esta ocasión había ido el P. Fr. Andrés de Medina, por mando del dicho padre, á visitar una doctrina y catequizar tres pueblos que se habían poblado, y á la vuelta cayó malo de unas fuertes calenturas, y habiéndolo sabido el P. Fr. Pedro del Monte, que estaba siete leguas de allí, lo fué á ver, y doliéndose mucho del poco ó ningún remedio y regalo que allí tenía, lloró con él y le consoló con palabras muy tiernas, y lo que más sintió fué que no tuviese cosa de regalo que comer, y otro día, porque esperaba mucha cantidad de gente que había de ir á misa á la cueva, de los ya bautizados, se volvió, consolando al dicho P. Fr. Andrés, diciéndole con lágrimas: "Confíe en Dios que le proveerá de mantenimientos para poder convalecer," y la noche siguiente tuvo alivio de la calentura que había nueve días le afligía; y al amanecer se hallaron dentro la casilla unos indios que allí había, cuatro patos y uno chiquito, todos pardos revolcándose en el patio, causando admiración á los indios, por ser aves que nunca por allí se habían visto. El P. Fr. Andrés entendió que eran patos mansos que un indio principal llamado D. Diego tendría en su casa, y dijo un indio que en ninguna manera, que ni los habían visto por aquella tierra, y mandándolos cojer, se dejaron cojer y hallaron que no tenían lesión alguna, y mandó que le matasen uno y que otro guardasen para el día siguiente; otro dió al indio D. Diego y el pequeño á una hijuela suya, y les dijo les quitasen las plumas de las alas y los echasen en una fuente de agua que estaba cerca de su casa, y la noche siguiente desaparecieron, quedando solo el que había de comer dicho padre. El segundo día vino Fr. Pedro de Almonte, á el cual le contó lo sucedido, y el dicho padre dió gracias á Dios derramando infinitas lágrimas y mostrando gran consuelo de ver á su compañero ya sano, porque le amaba tiernamente, y le rogó que no dijese á nadie aquel suceso, que otras muchas cosas había de ver, después de lo cual, los dichos padres se juntaron en un pueblo llamado Chimaltitán, donde habían determinado fundar convento, y allí estuvieron ocho días cate-